

EL SIGLO FELIZ
LAJOS
ZILAHY



BIBLIOTECA • LAJOS ZILAHY



EDITORIAL
FUNAMBULISTA

El siglo feliz

En recuerdo de mi noble tío
PETER,

cuyo nombre aparece en la hoja final de la Biblia de mi abuela, con los datos de los tres acontecimientos notables de la familia: nacimiento, matrimonio y muerte, incluyendo desde la muerte de un caballo, vaca, perro o gato favoritos, hasta la de Flora, la verde cotorra de ciento tres años de edad, y Lili, el canario. La marchita anotación dice:

«Mi primo Peter, ct, II NHreg, murió a los diecinueve años en S-var, mientras huía».

La fecha de su muerte está escrita en las dos palabras históricas: en S-var. El ct significa corneta, el más bajo oficial de caballería, y II NHreg indica el segundo regimiento nacional de húsares. Las sencillas palabras: «murió mientras huía» despojan a Peter de toda sombra de heroísmo. La palabra primo ya seguida sólo por el nombre de pila, dejando el apellido en la oscuridad. En nuestra muy extensa familia, podía haber sido Peter Kós, Komlóssy, Varga, Tumler, Böszörményi, Kovátsy, Szentessy o Bárány; y si era un segundo

o tercer primo, la posibilidad se multiplica en progresión geométrica, extendiendo la vergüenza de su muerte vil casi a toda una nación.

Mi noble tío pasa a la historia sin gloria, simplemente como un corneta de diecinueve años, que, en vez de llevar la bandera del regimiento a la victoria, procuró desesperadamente salvar la vida, cuando las peladas colinas de Segesvar se habían convertido de repente en oscuros bosques de pikas, las largas lanzas de ocho pies de los cosacos, y el grande ejército del zar Nicolás I, descendiendo en torrentes por las laderas en tres direcciones hacia el llano, dio el golpe final a las últimas cohortes de la lucha húngara por la libertad, en el año de 1849, en aquel caluroso 31 de julio, alrededor de las tres de la tarde.

*El Gobierno es la conspiración
de unos pocos contra muchos*

FRANÇOIS-NOËL BABEUF
Guillotinado en 1797

I

LOS DÉSPOTAS BENÉVOLOS

(1814-1837)

CAPÍTULO PRIMERO

1

«¡VIVA ALEXANDRE!», gritó el general belga de rostro adornado por una perilla, al final de su brindis, levantando su copa de burbujeante champaña tanto como se lo permitía su corto brazo.

Los oficiales aliados, sentados alrededor de la larga mesa, se pusieron en pie con prontitud, levantaron sus copas de la misma manera y gritaron en inglés, francés, alemán y ruso: «*Long live Alexander! Hoch! Vive! Da zdrasvuiet Zaria Alexey!*».

Eran las tres de la madrugada del 31 de marzo de 1814, y aún estaban bebiendo y cantando en el comedor del antiguo Hotel Fontenoy's. Al final de cada canto, uno de ellos se levantaba y brindaba por el nuevo ídolo: el zar Alejandro. Un capitán de largo y fino bigote, que llevaba el uniforme escarlata de los Scot Grays, entonó una canción de soldado, marcando el compás con el puño sobre la mesa, con su gruesa voz de bajo:

*Quiero luchar, quiero luchar,
de día y de noche.
Quiero disparar sin cesar hasta que mis botas,
mis sucias botas,
sean limpiadas por el propio
Bonaparte. ¡Sí!*

El «¡Sí!», al final, era un fuerte sonido causado por el hipo.

La cabeza de un comandante bávaro estaba ceñida por una especie de turbante blanco donde aparecían unas oscuras manchas de sangre de su herida, y el brazo izquierdo de un joven y rubio teniente de los Dragones vieneses colgaba yerto en el cabestrillo, con los dedos tiesos como pedazos de cera endurecida y amarillenta. Los oficiales habían participado en el asedio del día anterior, durante el cual fue tomada una de las últimas fortalezas exteriores de París.

Las retorcidas bóvedas del viejo y tranquilo comedor del Hotel Fontenoy's recordaban el siglo xvi, cuando el desordenado barroco francés atacó el rígido gótico en toda Europa. Ante las repetidas y humildes súplicas de *monsieur* Fontenoy, los oficiales accedieron finalmente a irse a acostar, alrededor de las cuatro de la madrugada, totalmente ebrios y exhaustos. Los labios de un capitán ruso de gruesa nariz brillaban con escarcha, con diminutas esquirlas de vidrio, y sus encías sangraban ligeramente, alcanzando los blancos dientes, por detrás de una tranquila y burlona sonrisa de satisfacción. Había ganado su apuesta de que mascaría y se tragaría una copa entera de champaña. Un coronel prusiano con bigotes de horquilla originario de Hannover, que lucía brillantes petrales plateados, unas botas grandes y fuertes y un yelmo claveteado, adornado con una blanca cola de caballo,

fue conducido a su cuarto, como un niño dormido, en los robustos brazos de un alto cosaco. Tenían una hora larga para dormir. A la mañana siguiente les esperaba otro día de actividad y duro esfuerzo.

La oscuridad alcanzaba todo rincón del Hotel Fontenoy's, el silencio era profundo, excepto por unos marciales ronquidos detrás de las cerradas puertas. Alrededor de las cinco, los pasillos estaban de nuevo llenos de vida. En el segundo piso, una pequeña habitación se hallaba ya iluminada por una torcida vela de sebo.

Flotaban en la atmósfera de la habitación una rica variedad de olores. Agua de colonia, la cama todavía caliente, desordenada, con ropas de un sospechoso color gris, humo de rancio tabaco, residuos de la cena de la noche anterior sobre una grasienta mesa, cáscaras rotas de nueces y avellanas, la corteza de un queso de Roblechon casi líquido y el penetrante olor de orines de ratón. Pero el olor predominante en el lugar era la delicada y fuerte fragancia de la flamante silla de montar, de cuero, colocada en el suelo.

Un joven oficial de húsares estaba sentado frente al espejo, entregando su soñolienta cabeza a su barbero particular, quien no era otro que su asistente. Pero el viejo húsar de gruesos bigotes sabía bien su oficio, conocía todas las delicadas mañas, tanto de rapar las crines y las colas de los caballos como el perfumado cabello de su amo.

El peinado del joven oficial, en contraste con su figura varonil y la compulsiva expresión marcial de un capitán de caballería, era algo afeminado, por el estilo del período de María Teresa. Los encrespadores daban a los suaves y lustrosos rizos castaños de sus sienes el frívolo aspecto de una cola de pato silvestre. Su cuello parecía demasiado grueso y fuerte para sostener la pequeña cabeza, como un soporte escultórico en la hechura de atlante que

sostenía el balcón de su palacio en Viena. Con un oscuro y fino bigote, unos vivos ojos pardos atisbando desde las pobladas cejas, su nariz de sable manifestaba un rostro de aristocracia oriental, un rostro de soldado de color de tanino, como si estuviera hecho de piel de caballo cuidadosamente seleccionada, incapaz de ocultar una sonrisa o de retener segundas intenciones; y aunque conscientemente orgulloso, era, no obstante, un rostro afectuoso, abierto, noble, pero falto de los peculiares rasgos que denotan una especial inteligencia.

La chapa plateada en la alforja de piel de cerdo llevaba el monograma L. D., y, sobre él, una corona de diez puntas. Correspondía al nombre del conde Laszlo Dukay, pero la corona de diez puntas era algo insólito, pues los príncipes tenían once, y los condes solamente nueve en el escudo de armas de su familia. El reposado y atildado príncipe Johann Rennberg, gran experto en heráldica, que no sentía ninguna estimación por los altivos, bulliciosos y toscos nobles húngaros reunidos en torno al trono de los Habsburgo, difundió el rumor por los salones de Viena de que la décima punta de la corona no era una especial gracia del emperador Fernando a la familia Dukay, sino una mancha de regular tamaño dejada por una mosca aplastada sobre el amarillento documento de piel de cordero. La objetividad heráldica del príncipe Johann se hallaba toscamente mediatizada por el hecho de que Laszlo tuvo un escandaloso asunto amoroso con la princesa Rennberg, mujer de edad avanzada, antes de que se casara con una joven condesa polaca el año anterior.

La actual cabeza de la familia Dukay, el viejo y viudo príncipe Jorge, no tenía hijos, y por tanto, el siguiente heredero del vasto patrimonio de los Dukay, sin el ducado, era Laszlo, con su corona de diez puntas. Aun cuando sus antecesores —en pasados

siglos— habían luchado por la libertad contra los Habsburgo, y aunque su correcto alemán y su imperfecto francés tenían un fuerte acento húngaro, en la escuela de cadetes Maria Theresianum todos sus sentimientos nacionales «habían sido castrados», como los extremados patriotas polacos y húngaros consideraban a los «lacayos de los Habsburgo».

Hoy todo París esperaba la festiva entrada de los vencedores —Inglaterra, la monarquía de los Habsburgo, Prusia—, pero, en primer lugar, la de Rusia.

La vela ardía ante el espejo oval de pared, sobre el tocador. La plata del espejo estaba rasgada como rizos de humo petrificado, y parecía como si hubiera sido recientemente salvado de un gran incendio. Lo fue, junto con todo el Hotel Fontenoy's, la totalidad de Francia, toda Europa. El gran incendio, alumbrado por la enorme antorcha de la Revolución Francesa, flameó durante un cuarto de siglo, pero el mes de octubre último, en la Völkerschlacht, la «Batalla de las Naciones», Napoleón fue finalmente derrotado, y su retirada de Leipzig fue tan desastrosa como dos años antes la de Moscú.

En el Hotel Fontenoy's, criados y huéspedes se hallaban en movimiento desde la madrugada, el vocerío de los trabajadores llenaba la activa oscuridad de la pequeña ciudad, y el ruido de los martillazos era tan fuerte que parecía como si toda la arruinada Europa hubiera de reconstruirse en el espacio de unas cuantas horas febriles.

Alrededor de las cinco, Laszlo Dukay estaba ya ataviado con su completo uniforme de húsar: botas pardas, ajustados pantalones en bermellón, dormán azul claro ricamente adornado, su alto *tshako* atado a su hombro izquierdo con un grueso cordón dorado. Su larga coleta, que terminaba en una pequeña bolsa de piel de

cabra, estaba adornada en el medio con un lazo negro de tres pulgadas, según se ordenaba en el manual de *Instrucciones para el Servicio*, del regimiento de húsares Pálffy, de Viena, el cual registraba todo minucioso detalle sobre el material y color del uniforme, botones, fleco, los *sallangs*, los chillones adornos de cuero en las botas y el puño y la vaina de la pesada espada. Era uno de los secretarios militares de Metternich; pero el omnipotente canciller de la monarquía de los Habsburgo jamás compartía ni un solo secreto con Laszlo. Hoy, era él uno de esos diplomáticos inferiores que habían de cabalgar en el festivo desfile de París representando a las brillantes banderas de sus países. En la cartera en forma de laúd de su bandolera, que le colgaba de su cadera izquierda, guardaba una docena de balines y pólvora para la pistola de gran tamaño que colgaba de su cadera derecha, un libro de oraciones encuadernado en marfil, papel de escribir timbrado con la corona de diez puntas, en especial para tiernas y poéticas cartas de amor, un pequeño frasco con un líquido color de rosa contra la gonorrea, y otros artículos semejantes indispensables para un joven capitán de caballería en viaje por Francia. Mientras se dirigía con su brillante uniforme hacia el comedor, su aspecto tenía algo de vidriera gótica y de una enorme ave del paraíso.

—*Bonjour, monsieur! Bonjour, mon cher ami!* —decía él, lanzando sus condescendientes saludos como pequeñas monedas de oro a los camareros y criados, que correspondían inclinándose reverentemente. Sus graves pasos eran acompañados por la suave música de las grandes espuelas plateadas y por el quejumbroso crujido de sus botas pardas.

En el comedor, tenuemente iluminado, unas cuarenta personas estaban tomando el desayuno junto a una gran mesa redonda de madera de roble. Tras los largos años de las gue-

rras napoleónicas, el azúcar y el café andaban muy escasos en Francia. El desayuno en el Hotel Fontenoy's se componía de té de hierbas, pan moreno y, como un lujo especial, un terrón de oscuro azúcar del tamaño de una castaña colgaba de una cuerdecita del techo. Mientras consumían su té, cada huésped tenía el derecho de mantener el azúcar en su boca durante unos escasos segundos, pasándolo luego a su vecino.

Después del desayuno, Laszlo se retiró a su cuarto y escribió una carta a su esposa. Escogió una fina pluma de ave, y ocasionalmente diluía la tinta en el recipiente de porcelana estilo rococó con su saliva. La tinta, hecha de vinagre y hollín de corcho, era roja con un matiz dorado verdoso. Informando brevemente sobre los tranquilos días que pasó cabalgando en su viaje desde Estrasburgo, escribía:

«¿Cómo estás, mi encantadora y queridísima Jadi? Espero que la estufa de tu habitación no eche más humo. ¿La ha reparado Herr Schild? Si no lo ha hecho, le cortaré su gorda cabeza de cerdo con mi espada cuando regrese. Aquí, en Francia, el tiempo es ya muy hermoso... ¡Ah, la primavera francesa! Te beso en todos mis pensamientos como los céfiros de terciopelo besaban a los jacintos blancos recién abiertos en los pequeños pueblos franceses que he atravesado. ¡Solo, con tu recuerdo vivo en mis pensamientos! Siento aún en las puntas de los dedos la maravillosa impresión que experimenté cuando, la noche antes de mi partida —¿te acuerdas, querida?— tiernamente llevaste mi mano bajo tu falda y la colocaste en cierto lugar de tu sedoso vientre con tan elocuente silencio, y yo percibí el misterioso, ligero movimiento que era apenas más que el de un tierno gusano de seda».

Durante largos segundos miró fijamente la luz de la vela. El misterioso movimiento del pequeño gusano de seda aludía a la

semilla de una nueva vida que Jadi llevaba bajo su corazón. ¡El heredero! El heredero del patrimonio de los Dukay después de su muerte, el heredero de las orgullosas tradiciones de los Dukay, quienes en la línea masculina estaban próximos a la extinción. Será un hijo varón y un día llevará el nombre de príncipe Adalberto Antal Dukay. Sí, príncipe, porque mantendría su sangre más pura, no se entregaría a vanos amoríos. Como el tío Jorge, se casará con una princesa de Hesse, o una archiduquesa de Habsburgo. ¿Por qué no? María Teresa tuvo catorce hijas y desde entonces las muchachas de la casa de Habsburgo se multiplicaron como hermosos conejos blancos. No todas ellas podían conseguir reyes para esposos, ¿no es cierto?

Unos minutos después, él y su viejo húsar estaban ya cabalgando hacia París. Vieron a varios soldados y caballos muertos en los campos, a causa de los combates del día anterior. El astro del día empezaba a levantarse en el horizonte y, en la brumosa distancia, las cruces doradas de Notre-Dame detenían las primeras flechas de los rayos de sol y las lanzaban de nuevo, de una manera juguetona, hacia el este.

«Mucho me temo —pensaba él— que el tío Clemi sufra una conmoción si se entera de que *monsieur Windbag* había tenido tanta prisa por entrar en París solo. ¿Por qué tarda tanto? *Tarde venientis ossa!*».

El tío Clemi era su amo, el príncipe Clemens Metternich, y *monsieur Windbag* era, por supuesto, el zar Alejandro. El proverbio latino «los huesos para los que llegan tarde», se aplicaba en este caso al eufórico festín de gloria en el alegre desfile.

París estaba escasamente a una hora de distancia y a un moderado trote.